LIBROdot.com

# AMBROSE BIERCE

## Un vigilante junto al muerto



*Digitalizado por* LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# AMBROSE BIERCE

# *Un vigilante junto al muerto*

## I

En una habitación del piso superior de una vivienda desocupada situada en esa parte de San Francisco que se conoce con el nombre de North Beach, yacía bajo una sábana el cadáver de un hombre. La hora estaba próxima a las nueve de la noche; la habitación, apenas iluminada por una sola vela. Aunque el tiempo era bueno, las dos ventanas estaban cerradas con las persianas bajadas, contrariando la costumbre de dar mucho aire a los muertos. El mobiliario se componía tan sólo de tres piezas: un sillón, una pequeña mesita de lectura sobre la que estaba la vela y una mesa de cocina alargada sobre la cual estaba el cadáver del hombre. Los tres muebles, lo mismo que el cadáver, parecían haber sido llevados recientemente, pues un observador, de haber existido alguno, habría visto que no tenían polvo, mientras que el resto de la habitación tenía una capa espesa, e incluso había telarañas en los ángulos de las paredes.

Bajo la sábana podían perfilarse los rasgos del cuerpo, incluso los del rostro, pues tenían esa definición tan innaturalmente nítida que parece pertenecer a los rostros de los muertos, aunque en realidad es característica sólo de aquellos que han sido desgastados por la enfermedad. Por el silencio de la habitación se podía deducir, correctamente, que no estaba situada en la parte delantera de la casa ni daba a una calle: en realidad sólo daba a un promontorio rocoso, pues la parte trasera del edificio se había asentado en una colina.

Cuando el reloj de una iglesia cercana dio las nueve con una indolencia que parecía dar a entender tal indiferencia por el paso del tiempo que uno no podía dejar de preguntarse por qué se tomaba la molestia de dar las horas, se abrió la única puerta de la habitación y entró por ella un hombre que se dirigió hacia el cadáver. Al hacerlo, la puerta se cerró, dando la apariencia de que lo hacía por sí sola; pero se escuchó también un rechinar metálico, como de una llave que girara con dificultad, y el chasquido de un cerrojo al encajarse. Después sonaron unos pasos que se alejaban por el pasillo y el hombre dio toda la impresión de haber quedado allí como un prisionero. Al dirigirse hacia la mesa, se detuvo un momento para examinar el cadáver; pero después, con un ligero encogimiento de hombros, fue hacia una de las ventanas y levantó la persiana. La oscuridad exterior era absoluta, pues los cristales estaban cubiertos de polvo, pero al limpiarlos pudo ver que la ventana estaba fortificada con fuertes barras de hierro que la cruzaban a escasos centímetros del cristal, incrustándose a cada lado en la mampostería. Examinó la otra ventana, encontrando la misma disposición. No manifestó gran curiosidad por el asunto y ni siquiera llegó a levantar el marco de la ventana. Si era un prisionero, parecía bastante dócil. Tras haber completado el examen de la habitación, se sentó en el sillón, sacó un libro del bolsillo, acercó la mesita con la vela y empezó a leer.

Era un hombre joven, de no más de treinta años, de tez oscura, bien afeitado y cabellos castaños. Su rostro era delgado y la nariz alta, con una frente ancha y una «firmeza» de la barbilla y la mandíbula que se dice denota resolución en los que la tienen. Los ojos, grises y firmes, no se movían sino era con un propósito concreto. La mayor parte del tiempo los mantenía fijos en el libro, aunque ocasionalmente los apartaba para dirigirlos hacia el cadáver de la mesa, aunque era evidente que no lo hacía con esa fascinación tétrica que se supone que esas circunstancias podrían ejercer incluso sobre una persona valiente, ni con esa rebelión consciente contra una influencia contraria que podría dominar a un tímido. Lo contemplaba como si durante la lectura hubiera encontrado algo que le recordara la sensación de su entorno. Evidentemente, este vigilante del muerto estaba desempeñando su cometido con inteligencia y compostura, tal como le correspondía.

Tras llevar leyendo quizás una media hora, pareció llegar al final de un capítulo y dejó tranquilamente el libro. Se levantó, alzó del suelo la mesita de lectura y la trasladó a una esquina de la habitación que estaba junto a una de las ventanas, cogió la vela y regresó frente a la vacía chimenea delante de la cual había estado sentado.

Un momento más tarde fue hacia el cuerpo de la mesa, levantó la sábana y le dio la vuelta desde la cabeza, dejando al descubierto una masa de cabellos oscuros y un fino paño que le cubría el rostro y bajo el cual los rasgos se revelaban todavía con mayor definición que antes. Dando sombra a los ojos, al interponer su mano libre entre éstos y la vela, se quedó mirando a su compañero inmóvil con una contemplación grave y tranquila. Satisfecho con la inspección, volvió a cubrir el rostro con la sábana y regresó a la silla, cogió algunas cerillas que había junto al candelero, las metió en el bolsillo lateral de su abrigo y se sentó. Levantó luego la vela separándola del candelero y la examinó críticamente, como si estuviera calculando cuánto tiempo duraría. Apenas medía cinco centímetros, por lo que al cabo de una hora se encontraría en la oscuridad. Volvió a ponerla en el candelero y sopló para apagarla.

## II

En la consulta de un médico, en Kearny Street había tres hombres sentados junto a una mesa, bebiendo ponche y fumando. Era ya bastante tarde, casi la medianoche, y desde luego que el ponche no había faltado. El más solemne de los tres era el doctor Helberson, que era el anfitrión, pues se encontraban en sus habitaciones. Tenía unos treinta años; los otros eran más jóvenes, aunque todos eran médicos.

-El temor supersticioso con que los vivos consideran a los muertos es hereditario e incurable -decía el doctor Helberson-. Uno no tiene por qué avergonzarse de eso, como tampoco debería hacerlo por el hecho de heredar, por ejemplo, una incapacidad para las matemáticas o la tendencia a mentir.

Los otros dos se echaron a reír.

-¿No debería un hombre avergonzarse de ser mentiroso? -preguntó el más joven de los tres, que en realidad era un estudiante de medicina que todavía no se había graduado.

-Mi querido Harper, yo no he dicho nada semejante. Una cosa es la tendencia a mentir y otra el hecho de hacerlo.

-¿Pero piensa usted que ese sentimiento supersticioso, ese miedo a los muertos, tan irracional como nos parece, es universal? -intervino el tercer hombre-. No soy consciente de tenerlo.

-Ah, pero pese a todo está «en su sistema» -contestó Helberson-. Sólo requiere de las condiciones adecuadas -lo que Shakespeare llama «la estación confederada»- para manifestarse de alguna manera muy desagradable que le abra los ojos. Aunque desde luego los médicos y los soldados están más liberados que los demás de ese miedo.

-¡Los médicos y los soldados! ¿Por qué no añadir a los decapitadores y los verdugos de la horca? Añadamos a todos los grupos de asesinos.

-No, mi querido Mancher; los jurados no permiten que los verdugos públicos lleguen a adquirir una familiaridad suficiente con la muerte como para no sentirse en absoluto conmovidos por ella.

El joven Harper, que había ido junto a una mesa de servicio para coger un nuevo cigarro, volvio a su asiento.

-¿Cuáles consideraría usted que son las condiciones bajo las que cualquier hombre nacido de mujer llegaría a tener una conciencia insoportable de compartir a este respecto nuestra debilidad común? -preguntó con un exceso, quizás, de verbosidad.

-Bien, diría que si un hombre se encontrara una noche entera encerrado con un cadáver, a solas, en una habitación oscura de una casa vacía, sin cobertores de cama con los que taparse la cabeza, y pasara por todo ello sin enloquecer totalmente, podría jactarse entonces de no haber nacido de mujer ni ser tampoco, como Macduff, un producto de la cesárea.

-Pensé que no terminaría nunca de añadir condiciones -intervino Harper-. Pues conozco a un hombre que no es ni médico ni soldado y que las aceptaría todas por cualquier apuesta que quisieran ustedes hacer.

-¿De quién se trata?

-Se llama Jarette: aquí es un desconocido; procede de la misma ciudad que yo, en el estado de Nueva York. Carezco de dinero para apoyarle en la apuesta, pero él mismo la sostendrá con todo lo que haga falta.

-¿Cómo sabe eso?

-Antes preferiría apostar que comer. Y en cuanto al miedo... me atrevo a decir que opina que es algún trastorno cutáneo, o quizás un tipo particular de herejía religiosa.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó Helberson que, evidentemente, se estaba interesando por el asunto.

-Se parece a Mancher... hasta podría ser su hermano gemelo.

-Acepto el desafío -respondió de inmediato Helberson.

-¿Porque se parece a mí? Muy agradecido por el cumplido -dijo Mancher arrastrando las palabras, pues tenía cada vez más sueño-. ¿Puedo intervenir?

-No contra mí -contestó Helberson-. No quiero ganar *su* dinero.

-De acuerdo -replicó Mancher-. Entonces yo seré el cadáver.

Los otros se echaron a reír.

El resultado de aquella loca conversación, ya lo hemos visto.

## III

La intención del señor Jarette al apagar su magra ración de vela fue la de conservarla para alguna necesidad imprevista. También pudo pensar, o intuir, que la oscuridad no sería peor en un momento que en otro, y que si la situación llegaba a volverse insoportable sería mejor contar con algún medio de alivio o incluso de liberación. En cualquier caso,

era prudente guardar una pequeña reserva de luz, aunque sólo fuera para poder mirar su reloj.

Nada más apagar la vela y dejarla en el suelo, a su lado, se arrellanó cómodamente en el sillón, se echó hacia atrás y cerró los ojos esperando dormirse. Pero en esto se decepcionó: jamás en su vida había sentido menos sueño, por lo que al cabo de unos minutos abandonó el intento. ¿Qué hacer? No podía pasear a tientas en una oscuridad absoluta con riesgo de herirse, o de chocar contra la mesa y turbar descortésmente al muerto. Todos reconocemos el derecho que tienen al descanso, a salvo de todo lo que sea duro y violento. Jarette consiguió casi hacerse creer a sí mismo que eran consideraciones de este tipo las que le llevaban a no correr el riesgo de la colisión y le permitían permanecer inmóvil en el asiento. Mientras pensaba este tema, creyó haber oído un débil sonido que procedía de la mesa... no era capaz de explicarse de qué tipo de sonido se trataba. No volvió la cabeza. ¿De qué iba a servirle en la oscuridad? Pero escuchó con gran atención: ¿por qué no iba a hacerlo? Y mientras escuchaba, se fue sintiendo mareado hasta el punto de que se aferró a los brazos del sillón en busca de apoyo. Percibía por sus oídos un zumbido extraño; tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar; la ropa que llevaba puesta le constreñía y oprimía el pecho. Se preguntó por el motivo de todo aquello; y si serían los síntomas del miedo. Luego, tras una larga y potente espiración, tuvo la impresión de que el pecho se le hundía, pero con la gran inspiración con la que rellenó sus pulmones agotados perdió el vértigo y se dio cuenta de que había estado escuchando con tanta intensidad que había retenido la respiración casi hasta el punto de ahogarse. Aquella revelación le resultó vejatoria; se levantó, empujó el sillón con el pie y caminó hasta el centro de la habitación. Pero no es posible caminar a zancadas en la oscuridad; empezó a avanzar a tientas, encontró una pared y la siguió hasta un ángulo, giró, pasó junto a las dos ventanas y en la otra esquina entró en violento contacto con la mesita de lectura, derribándola. Produjo un estrépito que le hizo sobresaltarse. Se sintió molesto.

-¿Cómo diablos pude olvidar dónde estaba? -murmuró, y empezó a abrirse camino a tientas, a lo largo de la tercera pared, hasta la chimenea-. He de poner las cosas en su sitio -añadió mientras buscaba la vela por el suelo.

Tras recuperarla, la encendió y volvió inmediatamente la mirada hacia la mesa, donde como es natural nada había cambiado. La mesita de lectura permaneció en el suelo: se había olvidado de «ponerla en su sitio». Miró por toda la habitación dispersando las sombras más profundas con el movimiento de la vela que llevaba en la mano y, cruzándola hasta la puerta, la comprobó girando el pomo y tirando de él con toda su fuerza. No cedió y aquello pareció proporcionarle cierta satisfacción; incluso la aseguró con mayor firmeza mediante un pestillo que antes no había observado. Regresó al sillón y miró el reloj, comprobando que eran las nueve y media. Se sorprendió al darse cuenta de que se había llevado el reloj al oído: no se había parado. La vela era ahora visiblemente más corta. La volvió a apagar y la colocó en el suelo a su lado, lo mismo que antes.

El señor Jarette no se encontraba tranquilo; se sentía claramente inquieto en ese entorno, e insatisfecho consigo mismo por ello.

-¿Qué he de temer? -pensó en voz alta-. Esto resulta ridículo; no voy a comportarme como un estúpido.

Pero el valor no venía por el hecho de que se dijera «voy a ser valiente», ni por reconocer que la valentía era lo más apropiado para la ocasión. Cuanto más se condenaba Jarette a sí mismo, más razones se estaba dando para condenarse; cuanto mayor era el nú-

mero de variaciones que había intentado sobre el único tema de que los muertos son inofensivos, más insoportable se volvía la discordancia de sus emociones.

-¿Cómo? -gritó en voz alta por la angustia de su espíritu-. ¡Cómo! ¿Es que yo, que no tengo la menor sombra de superstición en mi naturaleza, yo, que no creo en la inmortalidad, yo, que sé (y nunca lo supe con tanta claridad como ahora) que la otra vida es el sueño de un deseo, voy a perder mi apuesta, mi honor y el respeto que a mí mismo me tengo, quizás hasta mi razón, porque algunos antepasados salvajes que habitaban en cuevas y madrigueras concebían la idea monstruosa de que los muertos caminan por la noche?... Eso...

Clara e inequívocamente, el señor Jarette oyó tras él el sonido ligero y suave de unos pasos deliberados, regulares y cada vez más cercanos.

## IV

Poco antes del amanecer de la mañana siguiente, el doctor Helberson y su joven amigo Harper avanzaban lentamente en el coupé del doctor por las calles de North Beach.

-¿Sigue teniendo la confianza de la juventud en el valor o la imperturbabilidad de su amigo? -preguntó el de más edad-. ¿Cree que he perdido esta apuesta?

-Sé que la ha perdido -contestó el otro con débil énfasis.

-Pues bien, por mi alma que espero que así sea.

Había pronunciado aquello con seriedad, casi solemnemente. Después se produjo un silencio momentáneo.

-Harper, no me siento totalmente tranquilo con este asunto -volvió a hablar el doctor, que parecía muy serio bajo las luces cambiantes y débiles que penetraban en el carruaje cuando pasaban junto a los faroles de la calle-. Si su amigo no me hubiera irritado con la actitud despreciativa con la que trató mis dudas acerca de su resistencia, una cualidad puramente física, y con la fría descortesía de su sugerencia de que el cadáver fuera el de un médico, no habría seguido con ello. Si sucediera cualquier cosa, estamos arruinados, y me temo que merecidamente.

-¿Pero qué puede suceder? Aunque el asunto hubiera tomado un giro grave, lo que no temo en absoluto, Mancher sólo tendría que «resucitar» y explicar el asunto. Con un «sujeto» auténtico de la sala de disección, o uno de sus últimos pacientes, la cosa podría ser distinta.

De modo que el doctor Mancher había cumplido su promesa: sirvió de «cadáver».

El doctor Helberson guardó silencio durante mucho tiempo mientras el coche, a paso de tortuga, siguió deslizándose por la misma calle que ya había recorrido en dos o tres ocasiones. Finalmente, rompió el silencio:

-Bien, esperemos que Mancher, si ha tenido que levantarse de entre los muertos, lo haya hecho discretamente. Un error en esa dirección podría haber empeorado las cosas, en lugar de mejorarlas.

-Ciertamente, Jarette le mataría -contestó Harper-. Pero doctor, son ya las cuatro en punto -añadió mirando su reloj cuando pasaron bajo un farol de gas.

Un momento después ambos habían bajado del vehículo y se dirigían a paso vivo hacia la casa que llevaba mucho tiempo desocupada, perteneciente al doctor, en la que habían encerrado al señor Jarette de acuerdo con los términos de la loca apuesta. Al acercarse a ella se encontraron con un hombre que corría.

-¿Por favor, saben dónde puedo encontrar un médico? -gritó deteniendo repentinamente su carrera.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Helberson en un tono que no le comprometía.

-Vayan a verlo por sí mismos -contestó el hombre reanudando la carrera.

Echaron a correr. Al llegar a la casa vieron a varias personas que entraban en ella con prisa y excitación. En algunas de las casas cercanas, a lo largo del camino, las ventanas estaban abiertas y salían por ellas varias cabezas. Todas hacían preguntas, aunque sin dirigírselas unos a otros. Algunas ventanas que tenían las persianas cerradas estaban iluminadas; los que habitaban en ellas se estaban vistiendo para bajar. Directamente enfrente de la puerta de la casa que buscaban, un farol arrojaba sobre la escena una luz amarillenta e insuficiente, que parecía decir que podía revelar mucho más si lo deseaban. Harper se detuvo junto a la puerta y puso una mano sobre el brazo del compañero.

-Todo está perdido para nosotros, doctor -dijo presa de una agitación extrema que contrastaba extrañamente con la tranquilidad con la que pronunció esas palabras-. El juego se ha puesto en nuestra contra. No entremos allí; prefiero no asomar la cabeza.

-Soy médico y puede que necesiten uno -contestó con calma el doctor Helberson.

Subieron las escaleras de la casa y se dispusieron a entrar. La puerta estaba abierta; la farola de la acera de enfrente iluminaba el pasillo. Estaba lleno de hombres. Algunos habían subido las escaleras hasta el final y, como no se les permitía entrar, aguardaban mejor suerte. Todos hablaban y ninguno escuchaba. De pronto se produjo una gran conmoción en el rellano de arriba; un hombre había salido de una puerta y trataba de abrirse paso entre los que se esforzaban por retenerle. Llegó abajo por entre la masa de hombres ociosos y espantados, apartándolos, aplastándolos contra la pared de un lado o contra la barandilla de la escalera del otro, aferrándolos por la garganta, golpeándolos salvajemente, lanzándolos escaleras abajo y caminando sobre los que habían caído. Sus ropas estaban en desorden y no llevaba sombrero. Su mirada, salvaje e inquieta, contenía algo más aterrador todavía que su fuerza aparentemente sobrehumana. Su rostro, afeitado, carecía de color, sus cabellos habían encanecido.

Cuando la masa de gente que había al pie de las escaleras, que disfrutaban de más libertad de espacio, se apartó para dejarle pasar, Harper se adelantó.

-¡Jarette! ¡Jarette! -gritó.

El doctor Helberson cogió a Harper por el cuello y le hizo retroceder.

El hombre les miró al rostro sin que pareciera reconocerlos y salió a toda prisa por la puerta, bajó los escalones hasta la calle y se perdió. Un robusto policía que había tenido menos éxito para bajar las escaleras apareció un momento después e inició la persecución, ayudado por los gritos indicativos de todas las cabezas que salían por las ventanas, que ahora eran sólo las de mujeres y niños.

Como la escalera se había vaciado parcialmente, pues la mayor parte de la gente se había precipitado a la calle para observar la fuga y la persecución, el doctor Helberson subió al rellano seguido por Harper. En una puerta del pasillo superior un oficial les impidió el paso.

-Somos médicos -dijo el doctor, y así pudieron entrar.

La habitación estaba llena de hombres, apenas visibles por la oscuridad, amontonados junto a una mesa. Los recién llegados se acercaron y miraron por encima de los hombros de los que estaban delante. Sobre la mesa, con los miembros inferiores cubiertos por una sábana, yacía el cuerpo de un hombre, bien iluminado por el haz de un ojo de buey que

sostenía un policía situado a los pies. Los demás, salvo los que estaban cerca de la cabeza, y el propio oficial, se encontraban en la oscuridad. ¡El rostro del cuerpo parecía amarillo, repulsivo, horrible! Los ojos estaban parcialmente abiertos, mirando hacia arriba, y la mandíbula caída; rastros de espuma manchaban los labios, la barbilla y las mejillas. Un hombre alto, evidentemente médico, se inclinaba sobre el cuerpo introduciendo la mano bajo la parte delantera de la camisa. La retiró y colocó dos dedos sobre la boca abierta.

-Este hombre lleva muerto unas seis horas. Es un caso para el forense -dijo.

Sacó una tarjeta del bolsillo, se la entregó al oficial de policía y se dirigió a la puerta.

-¡Salgan de la habitación... todos! -gritó el oficial, y el cadáver desapareció como si alguien lo hubiera arrebatado cuando la linterna desvió sus haces de luz aquí y allá contra los rostros de la multitud. ¡El efecto fue sorprendente! Los hombres, cegados, confusos y casi aterrados, corrieron tumultuosamente hacia la puerta, empujándose y tropezando unos con otros en su huida, como las huestes de la noche ante los rayos de Apolo. El policía derramó su luz sin piedad e incesantemente sobre la masa que luchaba y tropezaba. Atrapados en esa corriente, Helberson y Harper fueron barridos fuera de la habitación y descendieron las escaleras hasta la calle como impulsados por un torrente.

-¡Dios mío, doctor! ¿No le dije que Jarette le mataría? -exclamó Harper en cuanto se hubieron alejado de la multitud.

-Creo recordar que lo dijo -contestó el otro sin ninguna emoción aparente.

Caminaron en silencio recorriendo una manzana tras otra. En el oriente grisáceo se percibían las siluetas de las casas de las colinas. La conocida carreta de la leche recorría ya las calles; el panadero aparecería pronto en escena; el vendedor de periódicos ya estaba en ella.

-Me parece, jovencito, que usted y yo últimamente hemos respirado demasiado los aires de la mañana. No son muy sanos y necesitamos un cambio. ¿Qué le parecería un viaje por Europa?

-¿Cuándo?

-Me da lo mismo. Aunque supongo que las cuatro de esta tarde sería conveniente.

-Entonces nos encontraremos en el barco -añadió Harper.

## V

Siete años más tarde, los dos hombres estaban sentados en un banco de Madison Square en Nueva York, conversando amistosamente. Otro hombre, que llevaba observándoles algún tiempo sin ser visto, se acercó a ellos y, levantando cortésmente su sombrero, que dejó al descubierto un cabello tan blanco como la nieve, dijo:

-Les ruego que me perdonen, caballeros, pero cuando uno vuelve a la vida y mata a un hombre, lo mejor es cambiar la ropa con él y a la primera oportunidad buscar la libertad.

Helberson y Harper intercambiaron miradas significativas; evidentemente aquello les divertía. Pero el primero miró amablemente a los ojos del desconocido y contestó.

-Siempre he pensado que ése era el mejor plan. Estoy totalmente de acuerdo con usted en cuanto a las ventajas...

De pronto se detuvo, se levantó y se quedó blanco de asombro. Se quedó mirando fijamente al desconocido, con la boca abierta y temblando visiblemente.

-¡Ah! -exclamó el desconocido-. Me parece que está usted indispuesto, doctor. Si no

es capaz de tratarse a sí mismo, estoy seguro de que el doctor Harper podrá hacer algo por usted.

-¿Quién diablos es usted? -preguntó Harper enérgicamente.

El desconocido se acercó más, e inclinándose hacia ellos dijo con un murmullo de voz:

-A veces digo que mi nombre es Jarette, pero dada nuestra antigua amistad no me importa decirles que soy el doctor William Mancher.

La revelación hizo que Harper se pusiera en pie de un salto.

-¡Mancher! -gritó.

-¡Dios mío, es cierto! -añadió Helberson.

Así es -añadió el desconocido, sonriendo vagamente-. Sin duda es cierto.

Vaciló mientras parecía tratar de recordar algo, pero enseguida empezó a silbar una melodía popular. Por lo visto se había olvidado de la presencia de los otros dos.

-Mancher, se lo ruego -dijo el mayor de los otros-. Díganos lo que sucedió aquella noche... a Jarette, ya sabe.

-Ah, sí, a Jarette. Resulta extraño que me haya olvidado de contárselo... lo cuento tanta veces. ¿Saben?, al oírle hablar consigo mismo me di cuenta de que estaba terriblemente asustado, así que no pude resistir la tentación de volver a la vida y divertirme un poco con él... de verdad que no pude evitarlo. Estuvo muy bien, aunque lo cierto es que no pensé que fuera a tomárselo tan en serio; de verdad que no lo pensé. Y después... bueno, fue un trabajo duro cambiar de puesto con él, y entonces... ¡maldita sea! ¡Ustedes no me ayudaron a salir de aquello!

Nada podría exceder a la ferocidad con la que fueron pronunciadas estas últimas palabras.

Ambos hombres retrocedieron alarmados.

-¿Nosotros?... Pero... ¿por qué? -dijo Helberson tartamudeando, pues había perdido totalmente el dominio de sí mismo-. Nosotros no tuvimos nada que ver.

-¿No dije que eran ustedes los doctores Hellborn y Sharper?[*] -preguntó el hombre echándose a reír.

-Mi nombre es Helberson, ciertamente; y este caballero es el señor Harper -replicó el primero que se había tranquilizado con aquella risa-. Pero ya no somos médicos; somos... bueno, que me ahorquen, anciano: somos jugadores.

Y ésa era la verdad.

-Una profesión muy buena; verdaderamente buena; y dicho sea de paso, espero que este señor, Sharper, haya pagado su dinero a Jarette como un apostador honesto. Una profesión muy buena y honorable -repitió pensativamente, mientras se alejaba con despreocupación-. Yo sigo siendo lo que fui. Soy el jefe médico del Asilo de Bloomingdale; es mi deber curar al superintendente.

[*] Les ha alterado el nombre, pues Hell-born significa «nacido en el infierno», y Sharper «fullero». (N. del T.)